

FM 4351

Historia de los Sucesos

del 2 de Mayo de 1808 en Madrid

Y LAS POESÍAS COMPLETAS QUE LES DEDICARON

Don José Espronceda y Delgado,

Don Bernardo López García y

Don Juan Nicasio Callego.

Para recuerdo de los ilustrados,
instrucción de los ignorantes
y ejemplo que aproveche á
todos

Precio: 15 céntimos.

MADRID

Imprenta Moderna, Claudio Coello, 104.

1908

Ayuntamiento de Madrid

FM4351

HISTORIA

de los Sucesos del 2 de Mayo de 1808
en Madrid.

y las poesías completas que les dedicaron

Don José Espronceda y Delgado,

Don Bernardo López García y

Don Juan Nicasio Callego.

Para recuerdo de los ilustra-
dos, instrucción de los ignoran-
tes y ejemplo que aproveche a
todos.



MADRID

Imprenta Moderna, Claudio Coello, 104.

1808

Ayuntamiento de Madrid

JOSE GALL
LIBRERIA
C/VA DEL VILLAR, 65
SANTIAGO

HISTORIA

de los sucesos del 2 de Mayo de 1900

en Madrid

por don Juan de Dios García

Don Juan de Dios García

Don Juan de Dios García

Don Juan de Dios García

Don Juan de Dios García



AYUNTAMIENTO DE MADRID

Biblioteca Histórica

5002

Ayuntamiento de Madrid



R/106.985

El 2 de Mayo de 1808

● ● ● La Historia y la Poesía

sobre los sucesos de Madrid.

Tres cantos son los más notables que se han dedicado á este día: el de D. José Espronceda y Delgado, el de D. Bernardo López García y el de D. Juan Nicasio Gallego, reputado este último como el mejor de todos, aunque no ha llegado á tener la popularidad de los dos primeros.

Los tres los publicamos hoy, para que los nobles madrileños puedan recrearse con ellos, al conmemorar esta hermosa página de la historia patria, escrita con la sangre de sus heroicos abuelos, y para que vean cómo la poesía ha sabido dedicar sus ecos más sublimes á los que prefirieron morir cubiertos de gloria antes que tolerar el yugo del extranjero.

Y como puede que alguno desconozca los detalles de la jornada que glorifican los tres cantos poéticos citados, publicamos en primer lugar la historia exacta de cuanto pasó en aquel día de sangre y luto, según los datos aportados por los testigos presentes de los hechos.

HISTORIA DEL 2 DE MAYO

Después de los motines de Aranjuez, en los que fué preso Godoy, el favorito de Carlos IV, y á consecuencia de los cuales abdicó éste la corona en su hijo D. Fernando; cuando ya Murat ocupaba militarmente Madrid, y los ejércitos franceses seguían invadiendo á España, so pretexto de amistad, marcharon á Bayona, donde se hallaba Napoleón I, Fernando VII, ídolo entonces de los españoles, Carlos IV, á quien nadie quería, y por último Godoy, á quien casi todos odiaban y á quien los invasores pusieron en libertad, quedando en España una Junta Suprema de Gobierno, nombrada por Fernando, para que gobernase al país en su nombre y representación.

Pero mientras en España se derramaba la sangre á torrentes para defender el trono de Fernando, éste, obligado por el Emperador, devolvió la corona á su padre, y Carlos IV la cedió al soberano francés, que convocó unas Cortes de españoles en el mismo Bayona, á fin de que éstas resolvieran, con él, la nueva Constitución que convenía dar á nuestra patria, cuyo trono ocuparía su hermano José Bonaparte.

Estos acontecimientos fueron precipitados por la noble sublevación del pueblo de Madrid.

Los españoles suponían á su adorado monarca defendiendo con heroica resistencia la corona que pugnaba por arrancarle Napoleón, siendo á los ojos de todos víctima de la violencia.

Entretanto Murat, que ocupaba la corte con cuarenta y cinco mil soldados, mientras toda la guarnición española de Madrid no llegaba á tres mil hombres, se conducía como un dictador con la Junta de Gobierno y con todas las autoridades, con lo que se iba atrayendo las iras del pueblo.

El 30 de Abril de 1808 recibió la Junta una carta de Carlos IV llamando á Bayona á sus dos hijos, la reina de Etruria y el infante D. Francisco. En cuanto á la primera no hubo nadie que pensara en estorbar su viaje, porque era dueña de sus acciones y amiga de los extranjeros; pero respecto al segundo,

anduvieron divididos los pareceres de los consejeros, hasta haber quien opinó por resistir con la fuerza; mas, por otra parte, Murat amenazaba también con emplearla si se trataba de impedir la salida de un príncipe que, por su menor edad, estaba sujeto á la autoridad paterna.

Reunida la Junta, para resolver, el vocal y ministro de la Guerra Sr. O'Farril trazó tan triste cuadro de la situación de Madrid, militarmente considerada, que al fin aquélla dió su consentimiento para la salida del infante D. Francisco.

Esta no pudo verificarse el día 1.º, y se dispuso para el 2 de Mayo.

En tanto que discutían la Junta y Murat, el desasosiego de los madrileños se iba haciendo más acentuado á cada instante.

En los días de correo era la Puerta del Sol el punto de reunión de cuantos esperaban noticias de Bayona, y de los muchos que por su patriotismo y su amor al monarca deseaban conocerlas para, á su vez, transmitir las á sus parientes y amigos. La llegada del posta producía una agitación que instantáneamente se comunicaba á toda la villa, atrayendo hacia la casa de Correos no sólo á los curiosos, que en todos los momentos la contemplaban, sino á la multitud que de todos los barrios parecía acudir á enterarse también.

Cada impreso de los que, aunque clandestinamente, circulaban, y cada carta que daba á conocer las violencias de que se hacía blanco á la familia real, producían una irritación y unas manifestaciones que auguraban próximas y terribles represalias. La Puerta del Sol era un horno en que las pasiones, fundiéndose con el afecto al país y al trono, amallaban al rico con el pobre, al militar con el sacerdote y á éste con el aldeano, para producir esa masa candente que, sin temor á nada ni á nadie, era capaz, lo mismo de exhibir el mayor heroísmo, que de cometer los más violentos desmanes.

Los poquísimos que aun sentían afecto hacia el anciano padre de D. Fernando eludían el pasar por aquellos contornos, y los franceses, ya sueltos, ya en cuadrilla, que por allí transitaban, eran objeto

de las burlas, ya que no todavía de los atropellos de la muchedumbre. El mismo Murat, al cruzar la Puerta del Sol el 1.º de Mayo, cuando ya se traslucía por el pueblo su exigencia de mandar á Bayona al infante D. Francisco, no se libró de las rechiflas más insultantes, á pesar de ir rodeado, como siempre, de su brillante Estado Mayor y seguido de muchas tropas.

La población, en tal estado, atraía, por esa fascinación que siempre ejerce lo extraordinario, un número considerable de forasteros que, por ociosos ó por ávidos de emociones, acudía de los pueblos y provincias inmediatos á saciar su curiosidad ó satisfacer sus instintos y sentimientos patrióticos. Esto hacía suponer á los franceses que en el pueblo de Madrid existía el pensamiento preconcebido de un movimiento insurreccional, y convencidos de su superioridad militar, no disimulaban el deseo de vengar las que ellos decían ser provocaciones injustificadas de sus huéspedes.

El que quiera conocer perfecta y extensamente la población y la sociedad del Madrid de aquella época, para apreciar mejor el escenario en que se desarrollaron y los actores que representaron aquellos sucesos, no perderá seguramente el tiempo leyendo la admirable obra *Los guerrilleros de 1808*, de Rodríguez Solís, ó las *Memorias de un setentón*, de Mesonero Romanos. El que no pueda hacerlo, formará juicio exacto del escenario y de los actores por las siguientes descripciones, de aquél y de éste:

La generalidad de las casas de Madrid tenían un solo piso. En el portal de casi todas había una imagen alumbrada por una candileja. Una escalera de altos peldaños, oscura y estrecha, conducía á los cuartos, en cuyas puertas se veía pegada una estampa de santo, y á los cuales servía de llamador una cuerda de nudos, con un zoquete en la punta.

Por bajo del balcón había una cruz con dos corazones y la conocida inscripción *Alabado sea el Santísimo Sacramento*.—*Jesús, María y José*; y en la esquina un azulejo en que se leía: «Visita general. Manzana núm...» El interior de los cuartos se distribuía en varios departamentos que los vecinos denomina-

ban pomposamente sala, despacho, cuarto de jabor, de planchar, de baules, cocina y despensa.

Las casas de la gente principal tenían estrado, medianamente alhajado con el brasero de cobre sobre la tarima de caoba y adornadas las paredes con cuadros de imágenes, patentes de hermandades, bulas y cédulas de comunión; cómoda con un niño Jesús en su urna de cristal; espejo y rinconeras con floreros.

Las tiendas del comercio eran todas iguales, sin letreros (que resultarían ociosos porque la mayoría del pueblo no sabía leer), con su puerta claveteada de hierro; estantería de pino; mostrador de nogal, y el retablito de ordenanza con el santo patrón de la casa, al que se encendían dos velas los sábados y el día en que el comerciante había hecho un buen negocio.

Por lo que se refiere á la sociedad madrileña de entonces, las altas damas, entregadas á las modas de Francia, lucían en las tertulias y saraos los trajes blancos, ligeros y ceñidos, llamados *volubilis*, el peinado griego y la llamativa banda de rosas al pecho; y el traje de las manolas consistía en falda de tonelete y guardapiés de raso adornado con bolillos y alamares, en la rica peineta y en la airosa mantilla, que lucían orgullosas en sus paseos nocturnos ó en sus meriendas en el río, acompañadas de algún torero afamado ó algún artista de genio, únicos que las atraían y conquistaban, en aquel concierto de hombres venales y de ridículos petrimetros que corrían tras ellas para ser objeto de sus burlas, ó alternaban con el manolo que los despreciaba.

Aunque las costumbres del año 8 no eran muy puras, la gente de la clase media oía misa diaria, rezaba el rosario entero todas las noches y trisagio tres veces á la semana, y confesaba todos los sábados, añadiendo á la confesión tres horas de recogimiento; asistían por la tarde á alguno de los coliseos que contaba Madrid para ver representar á Máiquez *Fenelón* ó el *Otelo*, oír la canción del *Arroyito*, ó aplaudir *Las boleras robadas*.

El pueblo tenía los lunes toros por mañana y tarde; los domingos y fiestas de guardar, misa y proce-

sión; todas las tardes pedreas, y todas las noches y todas las madrugadas rosarios, que terminaban en batallas sostenidas por unas cofradías contra otras, ó se desgraciaban por las borracheras de los cofrades; y, por último, el lúgubre *Pecado mortal*, cuyos hermanos, envueltos en amplias capas y con las obscuras linternas, semejaban fantasmas.

Y sin embargo, este pueblo ignorante y vicioso, faltas que había aprendido de las altas clases, valía más que ellas, por lo sano de su corazón, la nobleza de sus pensamientos y lo altivo de su carácter.

En 1808 estaban en su apogeo la duquesa y el totero, la manola y el fraile, la comedianta y el abate, la madama y el chispero, la castañera y el petrime tre, la damisela y el guardia, la beata y el paje, la cortesana y el erudito, el grave consejero y la alegre escofletera, marchando unidos, como un sólo cuerpo y una sola alma, de las vísperas á los toros, de la procesión al ventorrillo, del rosario al merendero, del sermón á la comedia, del confesionario á la botillería, de la mesa de petitorio á la calesa, de la novena á la tertulia, del jubileo al bodegón, del sarao al baile de candil.

En este abigarrado conjunto, en esta mezcla extraña de lo divino y de lo profano, de lo alto y de lo bajo, en esta sociedad rarísima, tan devota en la apariencia como disoluta en la realidad, tan libertina como hipócrita, tan presuntuosa como ignorante, de costumbres tan pervertidas, de ideas tan extra viadas y de ánimos tan divididos, había un gran fondo de bondad, sobre todo en las clases populares, de las que hace un admirable retrato el Sr. Rodríguez Solís en los siguientes párrafos que extra ctamos de su citada obra *Los guerrilleros*.

Habla de los concurrentes á un mesón establecido en la calle de los Estudios: Allí «tenía Paca la Morena su afamado bodegón, muy frecuentado por elevados personajes que iban á recrearse con los sabrosos peces del Jarama, el ajo de pollo y los callos y caracoles que les guiaba la manola, no menos que en las miradas de sus hermosos ojos. Era mujer de Pedro Fernández, el *Zurdo*, hombre largo de cuerpo, pero más largo de manos, que lo mismo reía que se

enfadaba. Siempre con la capa terciada, era un *bulle bulle* que pasaba el día requebrando hembras, burlándose de los paletos que venían á Madrid ó fumando un el Matadero...

Le apellidaban el *Zurdo* porque lo era; pero su navaja resultaba mortal, y era el terror de los ventorrillos, tabernas y bodegones.

Vestía chupetín y calzón corto, blanca camisa de lujosa chorrera, zapatos con hebillas de plata, sombrero de medio queso y rica faja de grana, que ocultaba la cortante navaja, y adornaban su moreno rostro unas pobladas patillas en forma de chuletas.

Divididos los manolos en *chisperos* (así llamados los de los barrios altos por las muchas fraguas que había en sus calles) y *curtidores* (los de barrios bajos, por su vecindad con el matadero, y por ser en su mayoría cortadores, chalanes y matarifes), Pedro Fernández tenía á orgullo ser de estos últimos.»

En la tarde del 1.º de Mayo el bodegón de la Morena estaba lleno de parroquianos, que el *Zurdo* procuraba servir, ayudado por dos criados, maldiciendo de la ausencia de la Paca, que no le permitía entregarse libremente á la bebida con sus amigos.

Las dos mesas principales estaban ocupadas: la una, por el *Zurdo* y sus camaradas, y la otra, por el abate Manzanilla, por el erudito D. Zoilo Naranjo, por el peluquero Nicolás, y por el petrimetre don Seraffín

—Que traigan otras dos botellas. Dos botellas más, hermosa Paca—dijo el abate á la manola, que acababa de entrar en el bodegón, con gran contentamiento del *Zurdo*, que tomó asiento en la mesa de sus amigos

Sin llegar á quitarse la mantilla, la manola llevó á la mesa del abate las dos botellas que éste había pedido

—¡Buen día de toros nos espera mañana—exclamó la Paca—con la silba de esta tarde á los franchutes, que juran yperjuran que se la hemos de pagar!... ¡Y yo mujer soy, pero esoy dispuesta á bailar sobre sus cuerpos el villancico del sordo y la coja!

—La verdad es que su violencia raya en demasiada—añadió el abate.

—Pues que no nos busquen la lengua—dijo el peluquero.

—¿Te atreverías con ellos, Bergamota?—le preguntó el erudito.

—¡Pues no me atrevo yo!—dijo la Iaca.

.....
Mientras continúa el diálogo entre la Paca y el abate, en la mesa del *Zurdo* discutían sus camaradas sobre la silba de Murat. Eran los comensales de esta mesa, un *gallofo*, un paje, un *manlero*, un *lacayo*, un mozo de compra, un carbonero y algunos otros personajes, á los que el Corregidor se había empeñado en corregir, enviándolos á tomar aires á Ceuta y Melilla, sin conseguir su objeto.

—Tú serías de los silbantes—preguntaba el *Zurdo* al *gallofo*

—Con las dos manos, y aun me parecía poco.

—Yo llevaba un silbato de San Isidro—dijo el paje, que era un niño de algunos doce años, muy bien vestido y peinado.

—¡Y que cara puso el tal Berzas!—añadió el *lacayo*.

—A ese franchute—exclamó el mozo de compra,—le he de abrir yo una tronera en la frente, por la que eche las asaduras.

.....
—Si los cuestiones se arreglaran á navajazos—replicó el *gallofo*...

—¿La tienes?—preguntó el *Zurdo*.

—Y flamante: de la calle de Cuchilleros, sólo falta bautizarla con sangre de esos perros herejes.

—Pues si mañana esos fantamones se llevan á los príncipes, te juro, sin que sea baladronada, que la ha de bautizar—exclamó el *Zurdo*.—¿Tú crees, rapaz, que se los llevan mañana?—añadió dirigiéndose al paje.

—Mi amo, al volver de Palacio, así lo ha dicho—contestó el niño.

—¡Mañana!—exclamó el *Zurdo*.—¡Eso lo veremos! Y dando un puñetazo sobre la mesa, se levantó resueltamente, y poniendo una mano sobre el hombro del abate, le dijo:

—¿Qué le parece á su mercé, señor abate, que de-

bemos hacer, si mañana se llevan como dicen á los príncipes.

.....
—Pues si se los llevan—contestó el abate,—será preciso resistir...

—¿Y con qué?—dijo el erudito.

—Es cierto—añadió el peluquero;—no tenemos armas...

—Pero, ¿y nuestros soldados?—preguntó el Zurdo.

—Los soldados tienen orden de no salir de sus cuarteles—dijo el petrimetre.

—Pero son españoles y saldrán—exclamó el abate.

—¡Y si no—dijo la Paca—el pueblo basta y sobra! ¿O es que ya no hay corazones?

—Corazones—dijo el abate, mirándola á hurtadillas—no faltan.

—¡Corazones de hombres—exclamó la manola.

—Deseos—añadió el petrimetre,—no faltan.

—Pues si hay deseos—replicó el Zurdo, con voz ronca,—basta y sobra.

—En la calle hay almendras—dijo el paje.

—En la duda, yo he afilado mi navaja—dijo el Zurdo.

—Y yo mi cuchillo—añadió el maulero.

—Y yo el mío—exclamaron todos.

—Pero los franceses tienen cañones, y los cañones no se ganan á navajazos—dijo el erudito.

—¿Y por qué no?—exclamó la manola.—Para ganarlos es preciso acercarse, y para acercarse, lo mejor es un corazón muy grande y un arma muy pequeña.

—Viva la Paca!—gritaron todos.

—¡Qué mujer más *salitrada*!—dijo el Zurdo.—¿Y serás capaz de salir?

—¿A escalar franceses?; tan capaz como la primera.

—Poco ha de vivir quien no lo vea—contestó el Zurdo.

Y al día siguiente salieron á la calle no sólo éste, sino otras muchas manolas más de su admirable temple, y no sólo este Zurdo, sino todos los zurdos y diestros de su clase, á quienes les hervía la sangre en las venas.»

El episodio descrito por el Sr. Rodríguez Solís, debió representarse aquel día 1.º, no sólo en el mesón de la Paca, sino en todos los mesones, en todos los cafés, y en todos los sitios de la corte donde se reunieran algunos madrileños.

Así las cosas, y en tal estado los ánimos, amaneció el 2 de Mayo.

General ya la voz de que se haría partir en aquella mañana á la reina de Etruria y al infante D. Francisco, inundáronse de gente, desde muy temprano, las dos plazas y el patio del Palacio real. «Como los ríos se precipitan en el mar —dice un extranjero testigo presencial de aquellos acontecimientos— (monsieur Schepeler) así las olas del pueblo se dirigian, desde todas las calles, hacia aquel punto» movidas por la ira y tal vez por el pensamiento de la resistencia.

Oíanse cruzar las preguntas y las respuestas de los curiosos, así como las maldiciones, á media voz, contra los franceses. «Napoleón, se decía por lo bajo, quiere tener en su poder toda la familia real.»

La voz de «No dejaremos partir al infante» parecía errar por todos los labios y haberse escrito con fuego en todas las miradas.

Hallábanse en Palacio los carruajes destinados á conducir á tierra extranjera aquellos restos de la familia real, cuya presencia en Madrid revelaba que aún no había dejado de reinar en España la dinastía de los Borbones. Esta idea, que era precisamente la que hacía á Napoleón atropellar los sucesos tan cuidadosamente preparados, era, á la vez y lógicamente, la que llevaba allí á los madrileños, la que les impulsaba á lamentar la pérdida de objetos que simbolizaban su independencia, sus leyes y usos nacionales, y la que podía muy bien conducirnos á resistir, si un accident llegaba á encender la ira que se retrataba en todos los semblantes. Porque sin saber cómo, sin proyectos formales contra la ejecución de los designios del emperador, un grito, un gesto, una palabra sola bastaría quizás para producir el conflicto, que bien á las claras hacía presentir la premura que les franceses manifestaban porque se emprendiese la marcha, así como la lentitud que em-

pleaba en los preparativos la servidumbre de Palacio, y la indignación de la muchedumbre que los presenciaba.

La reina de Etruria partió sin resistencia y ante la indiferencia general. No sucedió lo mismo cuando se dispuso la aproximación á la regia escalera del coche que iba á conducir al infante D. Francisco. Un murmullo sordo de desaprobación fué la primera señal de descontento general. La voz de que el tierno príncipe se resistía á marchar, derramando lágrimas y profiriendo espresiones de cariño hacia los españoles, cundió muy pronto de la servidumbre al pueblo, con la velocidad del relámpago; y, como de entre el vago rumor de la tempestad se destaca el trueno al estallar el rayo, el grito de una anciana de *¡Válgame Dios, que se llevan á Francia todas las personas reales!* pronunciado en los momentos de aparecer el infantito, arrastró á la multitud á la resolución heroica de resistir al vencedor de Europa. Hombres y mujeres se lanzaron con la rapidez del huracán sobre los coches regios, cortaron á navajazos las correas de las guarniciones y desengancharon los caballos.

En aquel instante aparece el ayudante de Murat, Mr. Augusto Lagrange á informarse de la actitud del pueblo, y éste se lanza sobre él dispuesto á matarle; lo que hubiese logrado á no cubrirlo con su cuerpo el oficial de guardias Walonas D. Miguel Flores, al mismo tiempo que llegaba una patrulla francesa. Detrás de la patrulla llegó un batallón con dos piezas de artillería, y sin previo aviso, de la manera más cobarde, más cruel y más inhumana, descarga sus tiros sobre el pueblo indefenso. El suelo se cubre de cadáveres. Sorprendidos los grupos de la plaza de Oriente, se dispersan. No huyen. Van en busca de armas gritando: «¡Mueran los franceses! ¡Viva Fernando! ¡Guerra á los traidores! ¡Todo el mundo á las armas!»

Casi todos los madrileños se lanzaron á la calle armados de escopetas, carabinas, espadas, chuzos, navajas, puñales y cuantos instrumentos ofensivos hallaron más pronto á mano. Los franceses eran impetuosamente acometidos donde quiera que se en-

contraban. La lucha se hacía cada vez más encarnizada en la calle Mayor, en la de Alcalá, en la de la Montera, en la de Carretas y en la carrera de San Jerónimo.

En las demás calles el combate era también terrible. El pueblo no perdonaba la vida al francés que se tropezaba, sobre todo á los mamelucos, á quienes por su extraño traje consideraban herejes.

Los grupos se rehicieron en la Puerta del Sol, y engrosados por los paisanos que de todas partes acudían, rechazaron á los franceses, que llegaron desde la plaza de palacio.

Hombres, mujeres, niños, clérigos, algunos soldados escapados de sus cuarteles, todos combatían como héroes.

Murat resuelve emplear los cañones, y hace avanzar la artillería del Retiro por las calles de Alcalá y carrera de San Jerónimo, protegida por la caballería de la Guardia imperial.

Entonces adquiere el combate todos los caracteres de una lucha grandiosa, inconcebible, colosal.

Los paisanos se lanzan á tomar los cañones á navajazos.

Unos saltan á la grupa de los caballos del enemigo y clavan sus cuchillos en los pechos de los jinetes, y otros se deslizan por entre las patas de los caballos y les hunden las navajas en los codillos, rodando por el suelo caballo jinete y paisano.

Los que no luchan en la calle disparan sus armas desde los balcones y los tejados; los chicos lanzan sobre los soldados piedras, tejas y macetas, y las mujeres arrojan por las ventanas agua hirviendo.

La Guardia imperial, mandada por Daumesnil acuchillaba á los grupos dispersos, y los lanceros polacos, lo mismo que los mamelucos, forzaban las casas desde donde les hacían ó suponían ellos hacerles fuego, y las entraban á saco, degollando á sus moradores, sin respetar edades ni sexos.

Nuevos contingentes de patriotas, que acuden de los barrios bajos, atacan impetuosamente á los franceses, y éstos se baten en retirada desapareciendo de todas las calles de la población.

Los inexpertos madrileños empiezan á gritar ¡vive-

torial creyendo tener asegurado su triunfo, y se esparcieron por todas las calles llenos de satisfacción.

Aquella alegría les duró muy poco.

No comprendían que les era imposible vencer, á pesar de todo su notable arrojo, y el general Murat se encargó de demostrárselo con el mayor encarnizamiento.

Acostumbrado á batirse así en los campos de batalla como en las plazas y las calles de las grandes ciudades, ordenó los movimientos de sus tropas, las que tenía hábilmente acantonadas en los alrededores de Madrid, de modo tan estratégico, que penetrando por los diferentes extremos de la población y afluyendo al centro por las principales vías, pudieran ir arrollando á los bravos españoles, sin que les fuera posible resistir.

A pesar de la desigualdad de las fuerzas y de la superioridad que da el armamento, la instrucción y la disciplina de los militares, el paisanaje se batía con un arrojo de que hay pocos ejemplos; muchos vendían caras sus vidas; algunos obligaban á retroceder á masas de jinetes, y otros hacían buenas punterías desde los portales y las esquinas, mientras desde los balcones, ventanas y tejados, hombres y mujeres volvieron á lanzar sobre las tropas imperiales cuantos objetos podían causarles daño.

Mas aunque sobraba ardor y corazón y se repetían y menudeaban aisladas proezas y hechos de individual heroísmo, la lucha era insostenible por parte de un pueblo desprovisto de jefes y desgobernado.

La lucha sostenida en la Puerta del Sol deshizo en dos el grupo de los patriotas. Un pelotón de ellos, casi todos de los llamados curtidores, tomó por la calle de Carretas hacia las de Toledo y Embajadores, deseoso de combatir en terreno conocido. Allí se batieron con palos, chuzos y sables emmohecidos, porque habían agotado sus escasas municiones; pero con tan pobres armas supieron resistir las acometidas de los polacos y mamelucos, matando á muchos de ellos y haciendo huir á otros hacia el embarcadero del Canal.

Otro de los grupos fué lanzado hacia la calle de la

Montera, y al llegar á la Red de San Luis decidieron los que lo formaban ir al Parque de Monteleón en busca de los cañones que allí había.

Mandaba las fuerzas del Parque, compuesta de ochenta soldados franceses y catorce artilleros españoles, el capitán D. Luis Daoíz, que, fiel á la consigna recibida y á las órdenes del general Negrete, se negó á ceder á la petición de los *chisperos*, por más que en su interior librara dura batalla entre el amor á su patria y la ordenanza militar.

Luchaba Daoíz entre su deber y su patriotismo, entre las súplicas del pueblo y su consigna, cuando se presentó al frente de un grupo de soldados y paisanos otro capitán de artillería gritando: ¡Viva España! Este capitán era D. Pedro Velarde, que, al encaminarse aquel día á la oficina donde prestaba sus servicios técnicos, se había dejado influir por la conmoción popular.

Al sentarse en su mesa intentó ponerse á trabajar; pero se levantó de pronto, y dirigiéndose á su jefe exclamó:

—¡Mi comandante, vamos á batirnos! ¡Es preciso morir por la patria!

En aquel instante se oyeron fuera algunos gritos y una voz vigorosa que gritaba: ¡Madrileños, viva España! ¡Viva Fernando!

Velarde no aguardó más; cogió un fusil y salió á la calle, seguido de un meritorio y de un ordenanza. Se unió al grupo de los patriotas, cuyos gritos acababa de oír, y con ellos llegó al cuartel de *Voluntarios del Estado*, cuyo coronel se negó á seguirle, y sólo á fuerza de súplicas le concedió treinta hombres de la tercera compañía, mandados por el capitán D. Rafael Goicoechea y el teniente D. Jacinto Ruiz, y con ellos marchó al Parque.

Al presentarse Velarde, Daoíz le dejó pasar con los soldados, que desarmaron á los franceses, encerrándolos en una cochera; pero se resistía á tomar parte en el movimiento, cuando llegó hasta él la noticia de que uno de nuestros cuarteles había sido atacado por los franceses.

Entonces Daoíz rasgó la orden de Negrete y abrió las puertas del Parque á los paisanos.

Los dos valientes capitanes organizaron una heroica resistencia.

Un grupo de paisanos y soldados tomó las alturas del Parque, al mando del teniente Ruiz; algunos Voluntarios del Estado se distribuyeron por las ventanas para proteger los fuegos, y el resto de los paisanos, armados con las armas quitadas á los franceses que habían matado, se colocaron en otros puntos. Cinco cañones fueron arrastrados á brazo y enfilados hacia la salida, desde la parte interior, con las puertas cerradas, siendo servidos por los artilleros, que fabricaban los cartuchos al mismo tiempo que cargaban las piezas.

A poco llegó, dando frente al Parque, una fuerte columna francesa, mandada por el general Lefranc.

Daoíz y Velarde aguardaron á que los gastadores empezasen á romper la puerta, y entonces dispararon á través de ella. El estrago fué horroroso, y los franceses sembraron el suelo de cadáveres.

Al final de la calle Ancha de San Bernardo un heroico paisano llamado Malasaña, ayudado por su hija, que le llevaba las municiones, combatía casi solo contra los numerosos imperiales, hasta que muerta la pobre joven, y después de vengarla su padre matando á cuchilladas gran número de franceses, fué retirado á la fuerza por los admirados soldados españoles.

Alarmado Murat por la resistencia de los artilleros, mandó al Parque á la división Westfaliana, al mando del general Lagrange, con artillería y caballería.

Daoíz y Velarde hicieron sacar del Parque tres cañones, y sostenidos por el piquete de infantería que mandaba el teniente D. Jacinto Ruiz, se pusieron á rechazar al enemigo, logrando al pronto rendir un destacamento de cien franceses.

Entonces cargó sobre ellos la columna Lefranc, y se empuñó un rudo combate. Hiciéronse mortíferas descargas; perecieron muchos de uno y otro bando, y cayó el oficial Ruiz mortalmente herido desde un principio.

El intrépido Velarde murió también gloriosamente, atravesado de un balazo.

Los medios de defensa empezaron á escasear, y los franceses cargaron á la bayoneta. No valió á los nuestros hacer demostración de rendirse. El enemigo se arrojó sobre las piezas, mató á casi todos los soldados y acribilló á bayonetazos al capitán Daofz.

Tal fué la defensa del Parque, la que más sangre costó á los franceses, y tal el ejemplo de sublime patriotismo que dieron Daofz, Velarde, Ruiz y otros innumerables oficiales y soldados.

La Junta de Gobierno, que no había sabido dar pruebas de energía, quiso darlas de humanidad, y comisionó á dos de sus miembros, O'Farril y Azanza, para que suplicasen á Murat que mandara cesar el fuego y les diera un general que los acompañase para conseguir con sus esfuerzos el sosiego de la población.

Murat accedió á la demanda de los comisionados, y estos pobres hombres, llevando en su compañía al general Harispe y á varios consejeros que se les fueron incorporando, empezaron á recorrer las calles y las plazas de Madrid, agitando pañuelos blancos y gritando: ¡paz! ¡paz!

La multitud se fué aplacando con la esperanza de que habría reconciliación y olvido de lo pasado. Pero á medida que los paisanos se iban retirando, los franceses fueron ocupando las bocacalles y los puntos estratégicos, colocando en todas partes cañones con la mecha preparada ó encendida, como signo fatal de que la reconciliación y el indulto se iban á convertir en desolación y en venganza. Y así fué. Comenzaron á correr voces siniestras de que algunos inofensivos habitantes habían sido fusilados junto á la fuente de la Puerta del Sol, so pretexto de llevar armas. Era que se había publicado, casi sin que nadie lo oyera, el siguiente horrible bando:

«Soldados: Mal aconsejado el populacho de Madrid, se ha levantado y ha cometido asesinatos: bien sé que los españoles que merecen el nombre de tales han lamentado tamaños desórdenes, y estoy muy distante de confundir con ellos á unos miserables que sólo respiran robos y delitos. Pero la sangre francesa vertida, clama venganza. Por tanto, mando lo siguiente:

Artículo 1.º Esta noche convocará el general Grouchy la comisión militar.

Art. 2.º Serán arcabuceados todos cuantos durante la rebelión han sido presos con armas.

Art. 3.º La Junta de gobierno va á mandar desarmar á los vecinos de Madrid. Todos los moradores de la corte que pasado el tiempo preciso para la ejecución de esta resolución anden con armas, ó las conserven en sus casas sin licencia especial, serán arcabuceados.

Art. 4.º Todo corrillo que pase de ocho personas se reputará reunión de sediciosos, y se dispersará á fusilazos.

Art. 5.º Toda villa ó aldea donde sea asesinado un francés, será incendiada.

Art. 6.º Los amos responderán de sus criados; los empresarios de fábricas, de sus oficiales; los padres, de sus hijos, y los prelados de conventos, de sus religiosos.

Art. 7.º Los autores de libelos impresos ó manuscritos, que provoquen á la sedición, y los que los distribuyesen ó vendieren, se reputarán agentes de Inglaterra, y como tales serán pasados por las armas.

Dado en nuestro cuartel general de Madrid á 2 de Mayo de 1808.—Firmado, *Joaquín*.—Por mandato de S. A. I. y R., el Jefe del Estado Mayor General, *Belliard*.»

Con arreglo á este bando draconiano, reconocían y prendían los franceses á todo el que llevase armas, bien ya fuesen unas tijeras ó unas navajas ó instrumentos metálicos de cualquier oficio; y á unos los fusilaban en el acto, y á otros los encerraban en los cuarteles, ó en la casa de Correos, donde se había establecido la comisión militar. Llegó la noche, y sólo interrumpía su pavoroso silencio el estampido del cañón ó el ruido de la fusilería, que descargaba sobre los infelices que, en pelotones ó amarrados de dos en dos, eran pasados por las armas, sin oírles descargo ni defensa, junto al Salón del Prado, en el sitio que hoy se levanta un fúnebre trofeo, monumento triste y glorioso, que está recordando á la posteridad el patriotismo de los que allí fueron sacrificados, y es padrón de afrenta para los inhumanos sa-

crificadores. Todavía en la mañana del día siguiente fueron inmolados en la montaña del Príncipe Pío algunos de los arrestados la víspera. Tal remate tuvo el movimiento popular del día 2 de Mayo en Madrid, día eternamente memorable en los fastos españoles y cuyo primer centenario celebra hoy toda España.

LA POESÍA

Los inolvidables episodios de aquel infausto día han sido inmortalizados por nuestros poetas más ilustres en los hermosos cantos que se insertan á continuación:

EL DOS DE MAYO

Oigo, patria, tu aflicción,
Y escucho el triste concierto
Que forman tocando á muerto
La campana y el cañón.
Sobre tu invicto pendón
Miro flotantes crespones,
Y oigo alzarse á otras regiones,
En estrofas funerarias,
De la iglesia las plegarias,
Y del arte las canciones.

Lloras porque te insultaron
Los que su amor te ofrecieron...
¡A ti, á quien siempre temieron
Porque tu gloria admiraron;
A ti, por quien se inclinaron
Los mundos de zona á zona;
A ti, soberbia matrona,
Que, libre de extraño yugo,
No has tenido más verdugo
Que el peso de tu corona!...

Doquiera la mente mía
Sus alas rápidas lleva,
Allí un sepulcro se eleva
Cantando tu valentía.
Desde la cumbre bravía

Ayuntamiento de Madrid

Que el sol indio tornasola
Hasta el Africa, que inmola
Sus hijos en torpe guerra,
¡No hay un puñado de tierra
Sin una tumba española!

Tembló el orbe á tus legiones,
Y de la espantada esfera
Sujetaron la carrera
Las garras de tus leones;
Nadie humilló tus pendones
Ni te arrancó la victoria,
Pues de tu gigante gloria
No cabe el rayo fecundo,
Ni en los ámbitos del mundo,
Ni en el libro de la Historia.

Siempre en lucha desigual
Cantan tu invicta arrogancia
Sagunto, Cádiz, Numancia,
Zaragoza y San Marcial;
En tu seno virginal
No arraigan extraños fueros...
Porque, indómitos y fieros,
Saben hacer tus vasallos
Frenos para sus caballos
Con los cetros extranjeros...

¡Y aún hubo en la tierra un hombre
Que osó profanar tu manto!...
¡Espacio falta á mi canto
Para maldecir su nombre!...
Sin que el recuerdo me asombre,
Con ansia al riré la Historia;
Presta luz á mi memoria,
Y el mundo y la patria á coro
Oirán el himno sonoro
De tus recuerdos de gloria.

Aquel genio de ambición
Que, en su delirio profundo,
Cantando guerra hizo al mundo
Sepulcro de su nación.



Hirió al ibero león
 Ansiando á España regir,
 Y no llegó á percibir,
 Ebrio de orgullo y poder,
 Que no puede esclavo ser
 Pueblo que sabe morir.

—
 ¡Guerrra!, clamó ante el altar
 El sacerdote con ira;
 ¡Guerrra!, repitió la lira
 con indómito cantar;
 ¡Guerrra!, gritó al despertar
 El pueblo que al mundo aterra;
 Y cuando en hispana tierra
 Pasos extraños se oyeron,
 Hasta las tumbas se abrieron
 gritando: ¡Venganza y guerra!

—
 La virgen con patrio ardor
 Ansiosa salta del lecho;
 El niño bebe en el pecho
 Odio á muerte al invasor;
 La madre mata á su amor,
 Y cuando calmado está,
 Grita al hijo que se va:
 «¡Pues que la patria lo quiere,
 Lánzate al combate y muere;
 Tu madre te vengará!...»

—
 Y suenan patrias canciones
 Cantando santos deberes,
 Y van roneas las mujeres
 Empujando los cañones.
 Al pie de libres pendones
 El grito de patria zumba,
 Y el rudo cañón retumba,
 Y el vil invasor se aterra,
 Y al suelo le falta tierra
 Para cubrir tanta tumba.

.....
 ¡Mártires de la lealtad
 Que del honor al arrullo

Fuisteis de la patria orgullo
Y honra de la Humanidad!...
¡En la tumba descansad,
Que el valiente pueblo ibero
Jura con rostro altanero
Que hasta que España sucumba,
No pisará vuestra tumba
La planta del extranjero!

BERNARDO LÓPEZ GARCÍA.

DOS DE MAYO

¡Oh! ¡Es el pueblo! ¡Es el pueblo! Cual las olas
Del hondo mar, alborotado brama;
Las esplendentes glorias españolas,
Su antigua prez, su independencia clama.

Hombres, mujeres vuelan al combate.
¡El volcán de sus iras estalló!
Sin armas van; pero en sus pechos late
Un corazón colérico español.

La frente coronada de laureles
Con el botín de la vencida Europa,
Con sangre hasta la cincha los corceles,
En cien campañas veterana tropa.

Los que el rápido Volga ensangrentaron,
Los que humillaron á sus pies naciones
Y sobre las pirámides pasaron
Al galope veloz de sus bridades,

Á eterna lucha, á sin igual batalla
Madrid provoca en su encendida ira;
Su pueblo inerme allí, entre la metralla
Y entre los sables reluchando gira.

Graba en su frente luminosa huella
La lumbre que destella el corazón,
Y á parar con sus pechos se atropella
El rayo del mortífero cañón.

¡Oh de sangre y valor glorioso día!
Mis padres, siendo niño, me contaron
Los hechos, ¡ay!, y en la memoria mía
Santos recuerdos de virtud quedaron.

Entonces, indignados me decían,
Cayó el cetro español pedazos hecho;
Por precio vil á extraños nos vendían,
Desde el de Carlos profanado lecho.

La corte del monarca, disoluta,
Prosternada á las plantas de un privado,
Sobre el seno de impura prostituta
Al trono de los reyes ensalzado.

Sobre coronas, tronos y tiaras,
Su orgullo sólo y su capricho ley;
Hordas de sangre y de conquista avaras
Cada soldado un absoluto rey.

Fijo en España el ojo entelleante,
El Pirene á salvar pronto el bridón,
Al rey de reyes, al audaz gigante
Ciegos ensalzan, siguen en montón.

Y vosotros, ¿qué hicisteis entretanto,
Los de espíritu fiaco y alta cuna?
¡Derramar como hembras débil llanto,
O adular bajamente á la fortuna!

¡Buscar tras la extrajera bayoneta
Seguro á vuestras vidas, y muralla
Y siervos viles á la plebe inquieta,
Con baja lengua apellidar *canalla*.

¡*Canalla*, sí, vosotros los traidores;
Los que negáis el entusiasmo ardiente,
La gloria, y nunca visteis los fulgores
Con que ilumina la inspirada frente!

¡*Canalla*, sí, los que en la lid alarde
Hicieron de su infame villanía,
Disfraz ando su espíritu cobarde

Con la sana razón segura y fría!

¡Oh! La *canalla*, la *canalla* en tanto
Arrojó el grito de venganza y guerra,
Y arrebatada en su entusiasmo santo,
Quebrantó las cadenas de la Tierra.

Del cetro de sus reyes los pedazos
Del suelo ensangrentado recogía,
Y un nuevo trono en sus robustos brazos
Levantado á su príncipe ofrecía.

Brilla el puñal en la irritada mano,
Huye el cobarde, el traidor se esconde,
Truena el cañón, y el grito castellano
De *Independencia* y Libertad responde.

¡Héroes de Mayo, levantad la frente!
¡Sonó la hora, y la venganza espera!
¡Id, y hartad vuestra sed en los torrentes
De sangre de Bailén y Talavera!

¡Id: saludad á los héroes de Gerona,
Alzad con ellos el radiante vuelo,
Y á los de Zaragoza alta corona
Ceñid, que aumente el esplendor del cielo!

Mas ¡ay! ¿Por qué cuando los ojos brotan
Lágrimas de entusiasmo y alegría,
El alma atropellados alborotan
Tantos recuerdos de honra y valentía?

Negra nube en el alma se levanta,
Que turba y oscurece los sentidos;
Fiero dolor el corazón quebranta,
Y se ahoga la voz entre gemidos.

¡Oh! ¡Levantad la frente carcomida,
Mártires de la gloria,
Que aun arde en ella con eterna vida
La luz de la victoria!

¡Oh, Levantad del eterno sueño,

Y con los huecos de los ojos fijos,
Contemplad una vez con torvo ceño
La vergüenza y baldón de vuestros hijos!

¡Quizá en vosotros, donde el fuego arde
Del castellano honor, aún sobre vida
Para alentar el corazón cobarde
Y abrasar esta tierra envilecida!

¡Ay! ¿Cuál fué el galardón de vuestro celo?
De tanta sangre y bárbaro quebranto,
De tanta heroica lucha y tanto anhelo,
Tanta virtud y sacrificio tanto?

El trono que erigió vuestra bravura,
Sobre huesos de héroes levantado,
Un rey ingrato, de memoria impura,
Con eterno baldón dejó manchado.

¡Ay! Para hollar la libertad sagrada,
El príncipe, borrón de nuestra historia,
Llamó en su auxilio la francesa espada
Que siega el laurel de vuestra gloria.

Y vuestros hijos de la muerte huyeron
Y esa sagrada tumba abandonaron;
Hollarla, ¡oh Dios!, á los franceses vieron,
Y hollarla á los franceses les dejaron.

Como la mar que tempestuosa ruge,
La losaal choque de los craneos duros
Tronó, y se alzó con indignado empuje
Del galo andar bajo los pies impuros.

Y aun hoy helos allí, que su semblante
Con hipócrita máscara cubrieron,
Y á Luis Felipe, en muestra suplicante,
Ambos brazos imbéciles tendieron.

La vil palabra ¡intervención! gritaron,
Y del rey mercader la reclamaban;
De vuestros timbres sin honor mofaron,
Mientras en su impudor se encenagaban.

Hoy esa raza degradada, espuria,
 Pobre nación, que esclavizarla anhela,
 Busca también por renovar tu injuria
 De extranjeros monarcas la tutela.

Tumbas vosotras sois de nuestra gloria,
 De la antigua hidalguía,
 Del castellano honor, que en la memoria
 sólo nos queda hoy día.

Verted, juntando las dolientes manos,
 Lágrimas ¡ay! que escalden la mejilla.
 ¡Mares de eterno llanto castellano
 No bastan á borrar vuestra mancilla!

¡Llorad como mujeres; vuestra lengua
 No osa lanzar el grito de venganza!
 ¡Apáticos vivís con tanta mengua,
 Y os cansa el brazo el peso de las lanzas!

¡Oh! ¡En el dolor eterno que me inspira
 el pueblo en torno avergonzado calla,
 y estallando las cuerdas de mi lira,
 Roto también, mi corazón estalla!

JOSÉ DE ESPRONEEDA

EL DOS DE MAYO

*Animus meminisse horret,
 luctuque refugit*

Virgilio.

Noche, lóbrega noche, eterno asilo
 del miserable que esquivando el sueño
 profundas penas en silencio gime,
 no desdeñes mi voz: letal beleño
 presta á mi sienes, y en tu horror sublime
 empapada la ardiente fantasía,
 da á mi pincel fatídicos colores
 con que el TREMENDO DÍA
 trace al fulgor de vengadora tea,
 y el odio irrite de la patria mía,
 y escándalo y terror al orbe sea.

¡Día de execración! La destructora
mano del tiempo le arrojó al Averno;
mas ¿quién el sempiterno
clamor con que los ecos importuna
la madre España en enlutado arreo
podrá atajar? Junto al sepulcro frío,
al pálido lucir de opaca Luna,
entre cipreses fúnebres la veo:
trémula, yerta y desceñido el manto,
los ojos moribundos
al cielo vuelve, que le oculta el llanto;
roto y sin brillo el cetro de dos mundos
yace entre el polvo, y el león guerrero
lanza á sus pies rugido lastimero.

¡Ay, que cual débil planta
que agosta en su furor horrible viento,
de víctimas sin cuento
lloró la destrucción, Mantua afligida!
Yo ví, yo ví su juventud florida
correr inerme al huésped ominoso.
Mas ¿qué su generoso
esfuerzo pudo? El pérfido caudillo
en quien su honor y su defensa fía
la condenó al cuchillo.
¿Quién, ¡ay!, la alevosía,
la horrible asolación habrá que cuente,
que, hollando de amistad los santos fueros,
hizo furioso en la indefensa gente
ese tropel de tigres carniceros?

Por las henchidas calles
gritando se despeña
la infame turba que abrigó en su seno.
Rueda allá rechinando la cureña,
acá retumba el espantoso trueno,
allí el joven lozano,
el mendigo infeliz, el venerable
sacerdote pacífico, el anciano
que con su arada faz respeto imprime,
juntos amarra su dogal tirano.
En balde, en balde gime
de los duros satélites en torno
la triste madre, la afligida esposa
con doliente clamor: la pavorosa

fatal descarga suena
 que á luto y llanto eterno las condena.
 ¡Cuánta escena de muerte! ¡Cuánto estrago!
 ¡Cuántos ayes doquier! Despavorido
 mirad ese infelice
 quejarse al adalid empedernido
 de otra cuchillada atroz.—«¡Ah! ¿Qué te hice?»—
 exclama el triste, en lágrimas deshecho.—
 «Mi pan y mi mansión partí contigo,
 »te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,
 »templé tu sed, y me llamé tu amigo.
 »¿Y hora pagar podrás nuestro hospedaje,
 »sincero, franco, sin doblez ni engaño,
 »con dura muerte y con indigno ultraje?»
 ¡Perdido suplicar! ¡Inútil ruego!
 El monstruo infame á sus ministros mira,
 y con tremenda voz gritando ¡fuego!,
 tinto en su sangre el desgraciado expira.

Y en tanto, ¿do se esconden,
 do están, ¡oh cara Patria!, tus soldados,
 que á tu clamor de muerte no responden?
 Presos, encarealados
 por jefes sin honor, que haciendo alarde
 de su perfidia y dolo
 á merced de los vándalos te dejan,
 como entre hierros el león forcejan
 con inútil afán. Vosotros sólo,
 fuerte DAOÍZ, intrépido VELARDE,
 que osando resistir al gran torrente
 dar supisteis en flor la dulce vida
 con firme pecho y con serena frente;
 si de mi libre musa
 jamás el eco adormeció á tiranos
 ni vil lisonja emponzoñó su aliento,
 allá del alto asiento
 á que la acción magnánima os eleva
 el himno oíd que á vuestro nombre entona,
 mientras la fama alígera le lleva
 del mar de hielo á la abrasada zona.

Mas, ¡ay, que en tanto, sus funestas alas
 por la opresa metrópoli tendiendo,
 la yerma asolación sus plazas cubre,
 y al áspero silbar de ardientes balas

y al ronceo son de los preñados bronce
 nuevo fragor y estrépito sucede.
 ¡Oís cómo, rompiendo
 de moradores tímidos las puertas,
 caen estallando de los fuertes goznes?
 ¡Con qué espantoso estruendo
 los dueños buscan que medrosos huyen!
 Cuanto encuentran destruyen
 bramando los atroces foragidos
 que el robo infame y la matanza ciegan.
 ¡No veis cuál se despliegan
 penetrando en los hondos aposentos
 de sangre y oro y lágrimas sedientos?

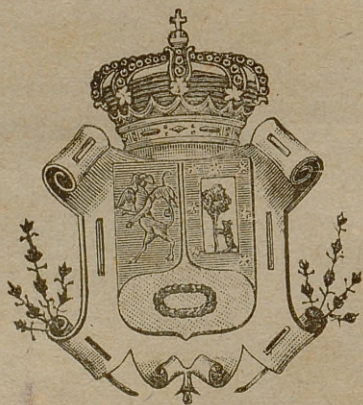
Rompen, talan, destrozan
 cuanto se ofrece á su sangrienta espada.
 Aquí matando al dueño se alborozan,
 hieren allí su esposa acongojada:
 la familia asolada
 yace expirando, y con feroz sonrisa
 sorben voraces el fatal tesoro.
 Suelta, á otro lado, la madeja de oro,
 mustio el dulce carmín de su mejilla
 y en su frente marchita la azucena,
 con voz turbada y anhelante lloro
 de su verdugo ante los pies se humilla
 tímida virgen de amargura llena;
 mas con furor de hiena,
 alzando el corvo alfanje damasquino,
 hiende su cuello el bárbaro asesino.

¡Horrible atrocidad!... ¡Treguas, oh Musá,
 que ya la voz rehusa,
 embargada en suspiros mi garganta!
 Y en ignominia tanta,
 ¿será que rinda el español bizarro
 la indómita cerviz á la cadena?
 No; que ya en torno suena
 de Palas fiera el sanguinoso carro,
 y el látigo estallante
 los caballos flamígeros hostiga.
 Ya el duro peto y el arnés brillante
 visten los fuertes hijos de Pelayo.
 Fuego arrojó su ruginoso acero:
 —¡Venganza y guerra!—resonó en su tumba;

—¡Venganza y guerra!—repitió Moncayo;
y al grito heroico que en los aires zumba
—¡Venganza y guerra!—claman Turia y Duero.
Guadalquivir guerrero
alza al bélico son la regia frente,
y del Patrón valiente
blandiendo altivo la nudosa lanza,
corre gritando al mar:—¡Guerra y venganza!
¡Oh sombras infelices
de los que aleve y bárbara cuchilla
robó á los dulces lares!
¡Sombras inultas que en fugaz gemido
cruzáis los anchos campos de Castilla!
La heroica España, en tanto que al bandido
que á fuego y sangre de insolencia ciego
brindó felicidad, á sangre y fuego
le retribuye el don, sabrá piadosa
daros solemne y noble monumento.
Allí el padrón cruento
de oprobio y mengua, que perpetuo dure,
la vil traición del déspota se lea,
y altar eterno sea
donde todo español al monstruo jure
rencor de muerte que en sus venas cunda
y á cien generaciones se difunda.

JUAN NIGASIO GALLEG0.

Don Jaime Gilson



Ayuntamiento de Madrid